

San José (a vista de pájaro) de Máximo Soto Hall¹

Recopilado por Guillermo Brenes-Tencio

RESUMEN

En el cuarto volumen de *EL LECTOR COSTARRICENSE*, una antología de piezas cortas elaborada para uso de las escuelas públicas costarricenses, aparece una preciosa crónica titulada “San José (A Vista de Pájaro)”, escrita por el intelectual guatemalteco Máximo Soto Hall (1871-1944), quien residió en Costa Rica entre 1896 y 1902. La descripción de San José permite explorar, con nostalgia y cercanía, el proceso de transformación urbana de la capital de Costa Rica en el ya lejano tránsito del siglo XIX al XX. Por estas páginas van a desfilar un flemático viajero inglés deslumbrado por una cautivante “metrópolis en miniatura”, el Parque Nacional con su soberbio Monumento a los Héroes de 1856-1857, un Teatro Nacional que simbolizaba el afán de las elites costarricenses por emular lo europeo y las alegrías de un paseo en carruaje por La Sabana.

Palabras clave: Crónicas, San José, Costa Rica, siglos XIX y XX.

ABSTRACT

In the fourth volume of *EL LECTOR COSTARRICENSE*, a short piece of writing, meant to be used by most of the Costa Rican public schools appears a beautiful chronicle named “San José (A vista de pájaro)”, written by the Guatemalan scholar Máximo Soto Hall (1871-1944). He lived in Costa Rica from 1896 to 1902. San José’s description allows to explore, nostalgic and closer, the process of urban transformation of the Costa Rican capital, the far way of the XIX Century to the XX Century. Through this pages it will appear a phlegmatic British traveler who was captivated by “a miniature cosmopolitan city”, the National Park with its haughty Monument to the 1856-1857 Heroes, a National Theater that symbolizes the Costa Rican elite’s desire to imitate the European and the joy of stroll in a carriage by La Sabana.

Key words: Chronicles, San José, Costa Rica, centuries XIX and XX.

— ¿A dónde?, preguntó el cochero al Doctor Stickson. Y el buen inglés, pasándose las manos por las patillas rubias, respondió:

—A recorrer la ciudad. Lléveme U. por todas partes donde haya algo que ver e indíqueme los nombres.

El carruaje comenzó a descender de lo alto de la estación. A la izquierda se veía el Parque Nacional, graciosamente arreglado, con sus arriates de trazo caprichoso, sus flores de variado color, ostentando en el centro un grupo en bronce que representa a Walker el intruso, que huye perseguido por las cinco repúblicas de Centro América, soberbias en la plenitud de su patriotismo exaltado. Más allá del Parque, en una poética lejanía, se divisaba la ciudad con sus techumbres bajas que de cuando en cuando venían a cortar algunas construcciones más altas: se distinguía la rotonda del Teatro Nacional, las torres de la iglesia metropolitana, la del templo del Carmen, y allá, muy lejos, en formación aún, la de la Merced, semejante a un enrejado de hierro; y más distante todavía, perdidas entre un mar de verdura, las agujas rojizas de la Ermita de San Francisco.

El carruaje continuaba su camino. Habían llegado al Parque Morazán y pasaban enfrente del Edificio Metálico.

—¡Hola; qué buen edificio es ése, dijo el inglés. Y clavándose las gafas comenzó a leer: «Escuelas graduadas.-Escuela de varones.-Escuela de mujeres».

—Muy bien. Me gusta tan soberbia construcción. Claro se ve que en este país se preocupan por la educación de la juventud. ¿En donde fué construído ese magnífico edificio?

En Bélgica, señor, y cuesta más de trescientos mil colones.

—¿Sólo esas escuelas hay en la ciudad?

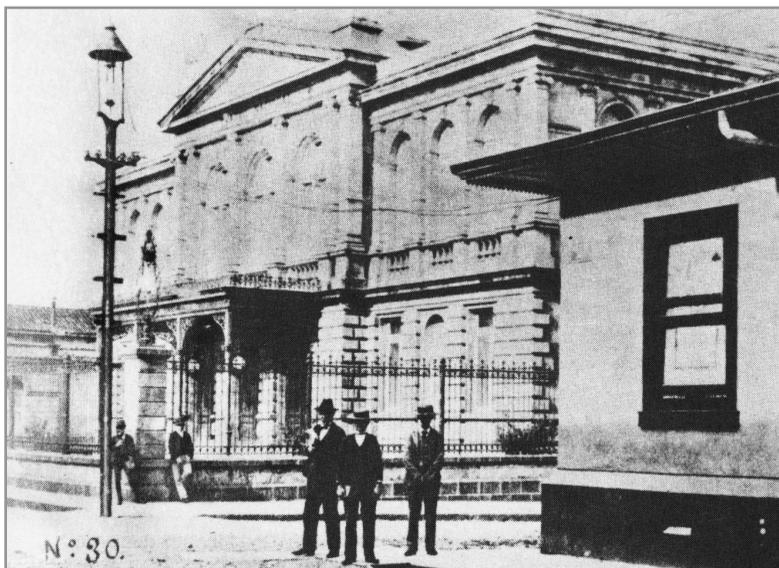
—No, señor; hay doce oficiales, a las cuales concurren diariamente más de tres mil niños.

—Bravo ¡bravísimo! Sigue. Y prosiguieron el camino atravesando por el Parque Morazán, cuyos árboles, mecidos por la brisa, se balanceaban con tenue murmullo.

Caminó el carruaje unos doscientos metros y torció a la izquierda, yendo a detenerse ante un hermoso edificio de piedra, estilo griego. En su hermosa fachada se veían, a uno y otro lado, las estatuas de Calderón y de Beethoven; y en lo alto coronando la parte superior, La Fama, en mármol, sonando su clarín.

—El Teatro Nacional, dijo el cochero.

—¡Soberbio!, exclamó el Doctor Stickson. Y aprovechándose de que el edificio estaba abierto, descendió del vehículo para entrar a conocerlo. En el vestíbulo creció su asombro; ¡qué elegancia, qué gusto! Por todas partes los mármoles prodigados, las paredes y las techumbres admirablemente decoradas, las maderas de cuidadosa talla-dura, todo escogido por mano maestra. Pasó el vestíbulo, y se encontró con la escalera que da ascenso a la segunda fila de palcos y al Foyer. Una lujosísima escalera de mármol de colores, suavemente tendida y adornada por magníficos candelabros de bronce. Una vez en el Foyer,



el asombro del Doctor Stickson llegó a su colmo, al ver el elegante mobiliario, las grandes lunas venecianas, y sobre todo la artística y regia decoración de los artesanados.

—Este es un gran teatro, dijo, y puede figurar en cualquier parte del mundo.

Siguió recorriendo el Coliseo, y una vez satisfecha su curiosidad volvió al carruaje para continuar la excursión. En la esquina del teatro volvieron hacia el este. Al fin de la calle que seguían se divisaba el sencillo templo de la Soledad, al cual no tardaron en llegar. En la plazoleta que se extiende frente a la iglesia encontraron los mercados que llevan el mismo nombre del templo.

Continuando su camino hacia el sur, fueron a detenerse ante dos magníficas construcciones de ladrillo, espaciosas, ventiladas, elegantes y situadas la una en frente de la otra: eran el Liceo de Costa Rica y la Escuela Normal de Varones.

Visitado el interior de dichos edificios, pudo convencerse el Doctor de que éste no sólo igualaba sino superaba al exterior.

Poco más adelante, dieron con el rastro nuevo, construido conforme a las exigencias de la más rigurosa higiene, y de acuerdo con todas las comodidades que la civilización ha hecho imperar en esta clase de establecimientos.

El carruaje regresó por el mismo camino, hasta llegar de nuevo ante el Teatro Nacional. Torcieron hacia el sur, y a poco andar se encontraron frente al Colegio Superior de Señoritas, edificio de severa y elegante arquitectura y sólida construcción, amplio, ventilado y con todas las condiciones que exige un recinto destinado a la congregación numerosa de seres cuyos organismos están en formación.

No se detuvieron mucho tiempo, y dando una pequeña vuelta, llegaron a un lindo parque asentado en la extensión de cerca de una hectárea y tendido



frente a un templo de considerables dimensiones y majestuosa apariencia.

—La Catedral, dijo el cochero señalando la iglesia, y agregó indicando alternativamente a la izquierda y a la derecha del edificio principal: la Capilla del Sagrario, el Palacio Episcopal.

—Y el parque, preguntó el inglés, ¿cómo se llama?

—El Parque Central.

—Ahora, añadió el Doctor Stickson, llévame a un hotel y mañana, a las siete en punto de la mañana, vienes a buscarme para que acabemos de recorrer la ciudad.

II

Las cuatro de la tarde serían cuando el Doctor Stickson entró en el Hotel Imperial, y deseoso de no interrumpir sus observaciones salió a un balcón de la sala general, desde donde se podía dominar la parte más importante de la Avenida Central. Desde luego le sorprendió la gran actividad y la copiosa afluencia de gente que en ella se veía, no pudo resistir a la curiosidad y dirigiéndose a un caballero que en el interior de la sala leía un periódico, le dijo:

—Dispense U. que le interrumpa, pero desearía saber cómo en una ciudad de treinta mil almas hay tanto movimiento.

Con la cortesía propia de todo costarricense, el caballero puso a un lado el periódico, dejó el asiento que ocupaba y vino a colocarse en el balcón al lado del Doctor Stickson, diciéndole al propio tiempo:

—No es U. el primero a quien sorprende este fenómeno que voy a tratar de explicarle. Aunque San José sólo tiene la población que Ud. ha dicho, representa mucho más porque gran parte de los asuntos de las provincias de Cartago, Heredia y Alajuela, así como de otras poblaciones circunve-

cinas, se ventilan aquí. Así podrá U. ver que los trenes que llegan varias veces al día de los lugares citados vienen llenos de gente que después de concluidos sus negocios vuelve a su residencia habitual.

—Ya comprendo, murmuró el Doctor; y agregó seguidamente como deseando aprovechar la buena voluntad del citado caballero: Veo que las costumbres, la manera de vestir, los almacenes, todo es aquí muy europeo.



—*Ciertamente: es una de nuestras aficiones la de imitar todo lo extranjero, hasta el punto de que vamos perdiendo nuestro sello propio. Vea U., hasta en la manera de vestir han cambiado las señoras en poco tiempo: antes usaban casi todas mantón de Manila, y ahora la mayoría lo han sustituido por el sombrero.*

En aquel momento, los golpes repetidos de una campana hicieron al Doctor volver los ojos hacia el oeste; un carro de tranvía se aproximaba.

—*Ah, dijo, tienen ustedes tranvía eléctrico.*

—*Y muy bueno.*

Después de haber comido, el Doctor volvió al balcón, quedando muy agradablemente impresionado por el aspecto que en la noche presentaba la avenida. Los escaparates de los almacenes llenos de las últimas novedades y profusamente iluminados con luz incandescente, llamaban la atención de los curiosos que se agrupaban ante ellos; las josefinas recorrían los establecimientos haciendo sus compras, y los jóvenes más distinguidos, formando corrillos frente al restaurante del Imperial, comentaban los sucesos del día. Hasta tarde de la noche el viajero no abandonó el balcón, creciendo su sorpresa al ver que a tales horas aun se sostenía la afluencia de gente y la animación general.

A la mañana siguiente, el inglés volvía de nuevo al carruaje para continuar su visita a la ciudad. Salió del vehículo con rumbo a Mata Redonda, un vasto campo de cerca de cien hectáreas de terreno plano, legadas a los pobres por el padre español Chapuí.

En el camino para dicho lugar, dieron desde luego con el Banco de Costa Rica, edificio severo y elegante, propio para el objeto a que se destina. Más adelante se encontraron con una soberbia construcción, precedida de una alta verja de hierro y de un jardín cuidadosamente cultivado.

—*¿Qué edificio es éste?, preguntó el Doctor obligando al cochero a detenerse.*

—*El Asilo Chapuí, destinado a la asistencia de dementes. Se informó el Doctor de que lo regentaba un paisano suyo, y se decidió a entrar. No poco trabajo le costó obtener el permiso, pero al fin logró ver el interior del establecimiento. En nada tenía que envidiar a los de igual índole que había visitado en Europa y los Estados Unidos, ni en la construcción ni en el régimen.*

Después de salir de aquel triste recinto, siguió su viaje por una carretera de primera clase. La Sabana le impresionó agradablemente y la recorrió hasta el final, donde tuvo ocasión de conocer el Hipódromo, elegante y espacioso edificio de madera.

—*¿Y esa línea férrea, paralela a la del tranvía, a dónde va?, preguntó el Doctor.*

—*Es la línea férrea al Pacífico, cuyo término es el puerto de Puntarenas.*

—*¿Conque tienen ustedes un ferrocarril interoceánico?*

—*Sí, señor; los trabajos terminaron en 1910.*

—*¿Cuánto siento no hacer una excursión por esa vía! Este pequeño país progresa.*

En aquel momento se oyó el silbido de la locomotora que entraba en el llano arrastrando una larga hilera de carros.

Sin pérdida de tiempo regresaron de La Sabana pasando por el Cementerio general, donde el arte italiano ha dejado más de una creación digna de admirar; por la iglesia de la Merced, en construcción, modelo intachable de arquitectura gótica; por el Hospital, construcción notable; más adelante por la antigua residencia de los Presidentes de la República; luego subieron hasta la estación del ferrocarril, y poco más allá, hacia el noreste, se encontraron con la Aduana, cómoda y espaciosa, aunque poco elegante; con el Hospicio de Huérfanos, donde se educa y enseña con primor y cariño a los pobres pequeñuelos privados del amparo paternal; y más allá, casi en el cantón de Guadalupe, con el Hospicio de Incurables, levantado sobre una colina, construido conforme a los principios arquitectónicos de los hospitales modernos, y con una capilla cuyo decorado y construcción son verdaderamente admirables.

Al regreso pasaron por el Colegio de Sión; visitaron la Fábrica Nacional de Licores; la iglesia del Carmen, reciente y lujosamente ornamentada; algunos otros edificios secundarios y varias casas particulares dignas de ser vistas. Después de esto, el Doctor Stickson, frotándose las manos, exclamó:

—Esto es pequeño, pero muy bonito.

Notas

1. Máximo Soto Hall (1871-1944). Escritor guatemalteco, quien residió en Costa Rica en el ya lejano período de tránsito del siglo XIX al XX. Algunas de sus obras son: EL PROBLEMA (1899), CATALINA (1900) y UN VISTAZO SOBRE COSTA RICA EN EL SIGLO XIX (1901).